

## APARICION DEL CRISTIANISMO.

### LECCION TERCERA.

SEÑORES:

Esta noche vamos á tratar de la aparicion del Cristianismo en la historia. No recuerdo en qué libro he leído que un gran pintor italiano trazaba siempre de rodillas en sus cuadros la cabeza de Jesús y de María. Contemplemos á Jesucristo en la historia, esa hermosísima figura, que con los brazos levantados al cielo y los ojos llenos de lágrimas, y los labios entreabiertos para derramar bendiciones sobre los hombres, separa las corrientes de dos grandes edades: contemplemos la revolucion que trajo consigo el Cristianismo, la más augusta, la más grandiosa, la más radical que guarda en sus anales la historia; pero antes de contemplarla, comencemos por adorar á su Autor, que es el mismo que extendió los azules inmensos es-

pacios sobre nuestras frentes, tachonándolos de estrellas; el mismo que al despertarnos del polvo, nos infundió con su soplo vivificador este espíritu, con el cual ascendemos á los cielos, abrazamos la naturalaza, y tenemos misteriosas y sublimes aspiraciones á lo infinito. Pero antes de controvertir las mil cuestiones que van á surgir á nuestra vista, conviene mucho á mi propósito hacer una declaracion solemne, solemnísimá, declaracion que importa, no á mi persona de suyo insignificante, sino á la verdad que enseño y defiendo; declaracion que yo no necesitaria hacer en otros tiempos, pero que hago con entera madurez y oyendo la voz de mi conciencia en estos tristes y calamitosísimos tiempos en que vivimos, que han visto nacer una escuela, verdadera calamidad de nuestra historia contemporánea, que profanando la religion, haciéndola descender á la candente arena donde pelean como gladiadores los partidarios militantes, agitándola como una bandera de continuo en los colegios electorales, en las redacciones de los periódicos, queriendo encubrir con el manto de Jesús, que como el cielo cobija todas las frentes, el cadáver del absolutismo, cuya causa ha sido condenada ya por la lógica de la Providencia y enterrada en las páginas de la historia, haciendo cómplice al Cristianismo de su política, ha subvertido de tal manera los entendimientos, viciado tan honda y pro-

fundamente el sentido moral, que al oír hablar de Jesucristo, de su divinidad, de la religion, de su benéfica influencia en el hombre y en el mundo, cree la mayoría de las gentes que todo el que de esa suerte habla, va á dar en el abismo de tan nefanda escuela; y como yo, si cristiano por educacion y por convencimiento amo con verdadero amor la libertad, creo que solo la libertad puede resolver todos los problemas políticos y sociales, me aparto por instinto de los partidos que niegan la libertad ó que la burlan, y profesó el principio de que la libertad es hija del Cristianismo como la flor de la semilla; no quiero, no, que se me confunda con esa escuela, cuyos pontífices andan á campana herida predicando su propia religiosidad y sus virtudes, olvidados de que la verdadera virtud debe ser modesta, de que nuestros padres hicieron oscuros los templos para que en el seno del recogimiento adorásemos á Dios; y como no quiero que se me confunda con esa escuela, desde ahora declaro para siempre que español, y como español fiel, leal y constante, no me postro ante los ídolos de la fortuna; no cambio de ideas políticas segun cambian los vientos de la suerte; y las que un dia para mí memorable, profesé por vez primera públicamente, ideas hijas entonces de mi sensibilidad y de mi intuicion, hijas hoy de la reflexion y del racionio; porque en cuatro años se vive mucho, muchísimo, en esta época,

las conservo hoy y las conservaré siempre como estrellas fijas en los horizontes de mi conciencia y de mi vida. (Generales aplausos.)

Dicho esto, pasemos á considerar lo que yo creo que es la religion. El sentido estrecho que presidió á la filosofia del pasado siglo vició esta divina palabra, porque ó bien se intentó borrarla de las necesidades de nuestro espíritu, ó bien aislarla en el cielo. Yo no soy de tan liviano sentir. Creo que la religion encierra en su seno el espíritu de las artes, de las ciencias, de las instituciones; creo que preside á todo el movimiento civilizador de la época; creo, como otras veces he dicho, que así como el aire envuelve todo nuestro cuerpo, esa atmósfera moral rodea toda nuestra alma; creo que resuelve por su virtud en suaves armonías el antagonismo de nuestro sér, las perpétuas contradicciones de nuestra vida; creo que el pensamiento no puede vivir sin el aroma religioso, que el corazon por el sentimiento religioso purifica su sangre; creo que la religion nos dá paz y alegría, derrama los resplandores de la virtud en el hogar doméstico, hace del hombre más apegado á la tierra un artista divino; creo que el amor á nuestros semejantes, tan necesario á la vida, no puede ser verdadero si no es eterno, y no puede ser eterno si no es divino, y no puede ser divino si no es religioso; creo que la voluntad por sí sola no puede llegar al bien, y necesita apoyar-

se en Dios, y realizar su ley en la conciencia y en el espacio; creo que conversando á nuestras acciones, á nuestras ideas, por el culto perpétuamente con Dios, podemos prometernos contribuir con todas nuestras fuerzas á cumplir el plan divino de la Providencia en la tierra y esperar que despues de muertos no hemos de convertirnos en polvo y nada, sino que á manera del insecto que en Abril rompe su larva y toma pintadas alas, hemos de ascender en raudo vuelo al seno de Dios, que nos ofrecerá el amor infinito que saciará la sed del corazon y la verdad absoluta que llenará el inmenso abismo de nuestra pavorosa inteligencia (Generales aplausos.)

Y como creo todo esto, creo tambien que el paganismo, religion muy grande, aunque no verdadera, habia dado de sí ya su estado, su organizacion política, su derecho, sus costumbres, su arte y su filosofia, y creo que gastados estos elementos en la época que historiamos, iban descomponiéndose todos para abrir paso á la nueva idea que rayaba en el cielo. Todo tendia á la unidad; todo en aquella época tendia á lo incondicional, como si Dios hubiera querido que uniéndose todas las artes, todas las ciencias, todas las teogonías, todos los poderes del paganismo, mostraran más su debilidad y su impotencia para continuar dirigiendo al hombre en su camino. Roma se unia en el Imperio, las artes se

unian en todos los grandes edificios romanos, las escuelas se unian en los libros de Ciceron y en Alejandria, la literatura en el parnaso romano, las leyes en las colecciones de códigos uniformes, los dioses en el Panteon. Y sin embargo, todo se descomponia como por un gran corrosivo, como si anidara en sus entrañas la muerte.

El Imperio, estado político y social que habian hecho necesario de un lado el egoismo de las clases privilegiadas, de otro la impotencia de la República, era como una gran maza, que con sus repetidos golpes, martirizando á los patricios, persiguiéndolos hasta en sus generaciones, despojándolos de sus tierras y midiendo con un rasero á todas las clases sociales, habia destruido, pulverizado, hecho imposible el antiguo estado pagano; y los emperadores que mandaban los cristianos á la hoguera, lo que en realidad quemaban en sus hogueras, en sus orgías, en sus sangrientas bacanales, era el espíritu del mundo clásico, los huesos de la antigua Roma. La ciudad habia llegado á la unidad para salvarse, y habia caido en la unidad para descomponerse. Y hé aquí otro título que tiene á nuestros ojos el Imperio; él tritura, él pulveriza, él anonada el antiguo estado pagano.

Pues lo que sucedia con el estado, sucedia con el derecho. Lo mismo que la República antes de morir se habia personificado en Caton, alma enér-

gica, severa, devoto de las antiguas leyes, que amaba á Roma y tenia á todo el mundo por enemigo y por esclavo de la ciudad, y odiaba irconciliablemente á César; el demagogo, el compañero de Catilina, el sucesor de Mario; á César que anhelaba hacer de las naciones bárbaras, no enemigas, no esclavas, sino hermanas de Roma, lo cual equivalia á destruir la ciudad; lo mismo que la República se personificaba en Caton, y el Imperio y la humanidad en César, el respeto á la tradicion, á la ley antigua, al símbolo, en la esfera de la jurisprudencia, el Caton, digámoslo así, del derecho, que velaba por conservar el fuego sagrado del antiguo espíritu, que habia vivido tanto tiempo, y alimentado el poder de Roma, era Labeon; al paso que el espíritu de progreso, la protesta de la razon contra el derecho tradicional, el genio de la humanidad que iba á crear una nueva familia y una sociedad, ó más bien que á crear á destruir el antiguo derecho, era Capiton, el César de la jurisprudencia; escuelas, que por un trabajo de descomposicion semejante al del Imperio, iban matando los antiguos códigos, iban rompiendo una á una las XII Tablas, iban pulverizando el paganismo en el derecho.

Y como idea es una série de ideas; lo que sucedia en el estado, lo que sucedia en el derecho, sucedia en la moral. El espíritu del paganismo en moral era que toda moralidad se encontra-

ba en las leyes del Estado, que todo lo que las leyes permitían era justo, é injusto también lo que las leyes condenaban, y que la conciencia del individuo era el código de su pueblo. Este estrecho sentido moral fué roto por Sócrates. Por eso, el cómico Aristófanes le escupió en el teatro hiel á la cara, y los sacerdotes le declararon enemigo de la religión, y los oráculos prorrumpieron en maldiciones contra su nombre, y los repúblicos le anatematizaron, y el pueblo, apegado á sus tradiciones, le insultó y pidió á grandes gritos su muerte, y los jueces se reunieron y le condenaron; y él, sereno como la justicia que personificaba, severo como la razón cuya imagen era, conversó con sus amigos, apuró el veneno, ofreció un gallo á Esculapio en señal de que se iba á concluir la enfermedad de su vida terrestre, y murió tranquilo, seguro de que su alma, como una gran catarata, iba á caer de generación en generación, descomponiendo todos los matices del pensamiento, y de que al pié de su sepulcro brotarían discípulos encargados de conservar su doctrina, que inmortal como su espíritu, no podía ser envenenada por la cicuta de los tiranos. (Aplausos.)

La moral pagana, apartándose de su ideal, se descomponía también. Y lo que sucedía con la política, con el derecho, con la moral, sucedía con las costumbres, hijas sin duda de todos estos ele-

mentos. Las costumbres no pueden personificarse en ningún individuo, en ninguna escuela; están derramadas por todo el pueblo. Las costumbres descomponían la familia y el estado pagano. La antigua severidad romana había muerto, el padre de familia que había tomado este cargo más por incentivo de las leyes que por los afectos de su corazón, viviendo en brazos de sus esclavas apenas se curaba del tálamo nupcial; la matrona, medio emancipada, corriendo en su carroza por la vía Apia, con las riendas de púrpura en la mano, vestida ligeramente para lucir mejor sus formas, lejos de atender al fuego del hogar apagado, á los dioses lares llenos de polvo, atendía sólo á ir con sus hijas, ora al teatro donde se representaban en toda su desnudez las gracias de Ariadna y en toda su brutal realidad los amores de Pasífae, ora á los misterios de Eleusis, donde se entregaba en la oscuridad al vino y al placer, y ofrecía á los dioses en holocausto los impuros besos recibidos en sus impuros labios; el matrimonio en realidad no existía, la facilidad del divorcio era tanta, que según Marcial, había hombre que mudaba de mujer todas las estaciones, y niña de trece años que contaba diez maridos; los hijos así no podían querer á sus padres, y en aquellos tristes días de las delaciones, cuando el déspota sombrío y ceñudo se gozaba en oír los quejidos de los moribundos y en ver las entrañas palpitantes á sus piés y en

respirar vapor de sangre, los mismos hijos iban muchas veces á denunciar al tirano que su padre habia entre dientes en sueño proferido una maldicion contra el señor de la tierra; el hastío de la vida, enfermedad de todas las sociedades moribundas y desesperadas, se habia de tal suerte extendido, que no habia romano que no tuviera siempre un filtro dispuesto para acelerar su última hora, ni casa donde no reinara una Locusta; los emperadores, que hubieran podido remediar este mal, lo recrudecian con sus ejemplos; porque los asesinos ¿qué eran sino discípulos de Tiberio? ¿qué eran las adúlteras sino imitadoras de la emperatriz Messalina? ¿qué aquellos parricidas arrojados al Tíber en un saco, encerrados con una serpiente y un mono, sino discípulos de Neron? Triste sociedad, que se moria de hastío, de desesperacion, de vicios, y como sus poetas, deshojaba algunas rosas en la copa de oro donde apuraba el veneno, y sin dioses ni creencias, arrojando lejos de sí el tirso y la corona de flores, espiraba en la gran orgía del Imperio.

Y lo que sucedia con el estado, con el derecho, con la moral, con las costumbres, eso mismo sucedia con la ciencia, y especialmente con la filosofía. La razon meditando sobre sí misma, leyendo la verdad en el santuario de su propia conciencia, habia ido poco á poco matando el politeismo. Tres grandes tendencias habia en el seno de la

ciencia antigua, de la antigua filosofía; la tendencia de los que imaginaban, como los estóicos, que debian conservarse las formas de la religion popular y animarlas con un nuevo espíritu; la tendencia de los que resueltamente combatian todas las prácticas, todos los dogmas, todos los principios de la religion popular, como le sucedia á Ciceron en su libro de *Adivinatione*; y por último, la tendencia de los que menospreciando por completo el antiguo dogma, sin curarse de sus soluciones, á las cuales tenian en bien poca estima, buscaban en su conciencia ó en la historia un nuevo dios, una nueva religion, como le sucedia á los platónicos. Pero la verdad es que la razon humana habia matado poco á poco á Júpiter, y que despues toda la filosofía pagana se habia descompuesto en un eclecticismo caótico, que mostraba cuán inevitable era despues de la ruina de aquella religion la ruina tambien de aquella filosofía.

El arte, que refleja toda la vida del pueblo, que es el espíritu en su variedad más pasmosa y en su unidad más completa, que repite todos los dolores de una época, todas sus esperanzas, todas sus aspiraciones, habiendo pasado del simbolismo oriental á la hermosura griega, verdadera ecuacion de la forma y del fondo, en que el espíritu se comprimia hasta encerrarse en la naturaleza y la naturaleza se agrandaba hasta confundirse

en magnitud con el espíritu, el arte iba también agonizando; la profundidad del espíritu romano, triste y sombrío, desconcertaba la antigua armonía clásica; Lucrecio se reía de aquel Parnaso, compuesto de fantasmas errantes, en cuyas frentes se había apagado la luz, de cuyas manos habían caído los rayos; Horacio buscaba en el epicureísmo algún beleño para adormecer el dolor de su corazón: Virgilio, alma riente, última sonrisa de la musa pagana, último eco de aquellas liras, iba á buscar la inspiración, no en el Olimpo griego, sino en una suerte de maravillosa esperanza que él había recogido en la falda del Vesubio, respirando las auras de Sicilia, embalsamadas con las húmedas emanaciones del mar Tirreno y de las azucenas de aquellos campos, y haciendo resonar allí cánticos maravillosos que parecían notas escapadas del arpa de Isaías, recogidas por algún alejandrino y escuchadas después y repetidas por el genio maravilloso de aquel Parnaso romano, á cuyas plantas se dibujaba una figura triste y burlona, sombría y alegre, que tenía algo del Sileno antiguo y del diablo de la Edad media, la sátira, verdadero signo de la irremediable disolución del arte clásico.

Y lo que sucedía con el estado, con el derecho, con las costumbres, con la familia, con la filosofía, con el arte, eso mismo sucedía con la religión, que era la causa y el objeto de todas estas descom-

posiciones. Pues bien, los dioses todos se morían en el Panteón.

Señores, en el panteón se muestra la inevitable descomposición del paganismo. Allí agonizan verdaderamente el panteísmo materialista, el dios-naturaleza adorado por toda la antigüedad. Roma parecía buscar como por presentimiento la unidad de Dios; pero quería encontrarla arrojando todos los cultos ya cadavéricos en el panteón. Yo muchas veces me he imaginado allá en sueños el Panteón. Al lado de los dioses sabinos, ligeros como la espuma del Tíber, móviles como las ondas de los lagos itálicos; al lado del Mavors pelasgo representado por una larga y vibrante lanza; de los genios latinos, genios hermafroditas, amando siempre, pero siempre infecundos y estériles, últimos vástagos de aquella larga dinastía de divinidades paganas; al lado de la severa aristocrática Rhea etrusca, de los lares del sacerdocio y el patriciadio, del dios-espanto inventado por los señores para poner miedo en el ánimo de los plebeyos, dios con los ojos centellantes de rabia y la boca entreabierta, mostrando la garganta oscura como insondable abismo y los cabellos esparcidos y entrelazados con las serpientes y bastones augurales; al lado de todas estas divinidades severas y sombrías como el genio de la antigua Roma, se levanta el Olimpo griego, traído en los carros triunfales por los grandes conquistadores, Olimpo

hermoso y riente impregnado en los divinos cánticos de los poetas, Olimpo que encierra á Júpiter reclinado en su trono de nubes; apoyado en su águila, con el rayo hirviendo en las manos y la eterna luz de una eterna aurora en la frente; á Juno con el iris á sus plantas y el pavo real tan hermoso como el iris á su lado; á Venus naciendo en la marina concha, con los labios humedecidos por las ondas del mar de Chipre, con sus ojos centelleando, como los rayos de la primer estrella que nace en la tarde, una eterna alegría; á Apolo pulsando su lira áurea como el sol; y al lado de todo aquel Olimpo que simboliza la religion del arte y de la hermosura se levanta el Indra oriental, pastor de blancos piés como las nubes que rozan las montañas, armado de flechas, con el arco azul en una mano y en la otra la copa llena de rocío recogido al nacer la mañana en los bosques; Indra, que preside todo el cortejo de las divinidades asiáticas; el toro persa con las diademas de brillantes; los serafines medas con sus cuerpos de leopardos y sus caras de ninfas; la alada serpiente frigia, que exhala el huracan de sus fauces; Mitrha el pastor de los ojos de oro, dios de los hechiceros; el cocodrilo, dios del rio; la leona, diosa del desierto; el águila, diosa de los vientos; los génios fenicios, barqueros de las estrellas; Thola, diosa siria sentada en un leon espeluznado con la cabeza coronada de torres y la garganta ceñida de un collar

de estrellas; y allá en un rincon del gran templo, los dioses venidos al nacer el Imperio; dioses que habian nacido en las orillas del Nilo, donde se celebraban los misterios de la magia, los últimos delirios que agitaban la agonía del dios-naturaleza; el Júpiter Ammon aterido de frio, sentado junto á su mujer Asthor, cuyos pechos secos no pueden ya amamantar á la naturaleza, y que está tegiendo incansable un velo de tinieblas antes que le falte la luz de los ojos; triste velo, que va á ser el negro sudario de todo el paganismo. (Aplausos.)

No habia remedio, el mundo antiguo se moria, y era necesaria una nueva idea. ¿Qué necesidad habia mostrado el Imperio? La unidad de la especie humana. ¿Qué necesidad habia mostrado el derecho? La idea del individuo, pero del individuo interior, del hombre espiritu. ¿Qué necesitaba aquella moral pagana? La nocion más clara de la conciencia, la ley de la responsabilidad. ¿Qué necesidad mostraba la familia y las costumbres? La familia necesitaba un lazo espiritual que no fuera el férreo lazo del derecho antiguo; las costumbres, necesitaban dar dignidad al hombre con el sentimiento de su libertad y la conciencia de una vida inmortal. ¿Qué aspiracion mostraba la filosofía? La filosofía mostraba desde Platon hasta Marco Tulio, la aspiracion de un nuevo espíritu. ¿Qué aspiracion mostraba el arte? La musa pagana moribun-

da, seca su corona de rosas, necesitaba una fuente más espiritual, donde rejuvenecerse, un amor divino que fecundara sus entrañas, esterilizadas por el amor torpe y material del sentido. La religion ¿qué buscaba en las entrañas de todos los cultos, en el seno de todas las teogonías, en el Panteon? La unidad de Dios. Y por fin, ¿ante qué Dios único se había rendido? Ante el emperador.

Convirtamos los ojos al Oriente, que de allí va á venir la luz. Señores, el Verbo debía venir al mundo en su día, ni una hora antes, ni una hora despues. Dios, que desde la eternidad le tenia en sí, en el plan de su providencia que es la ley de la historia, había señalado el instante supremo de su encarnacion. Comprended, señores, convirtiendo vuestros ojos á la historia, que toda ella está levantada sobre la ley de contradiccion, como los astros están sostenidos por la repulsion y la atraccion, que vienen á ser el secreto de sus divinas armonías. Al fin, ¿qué es la historia? El desarrollo del espíritu humano en el tiempo y en el espacio, en todas sus fases, con todas sus facultades, bajo la ley divina de la Providencia. Pues bien, siendo el desarrollo del espíritu humano, ¿cuál es la manifestacion del espíritu? La idea, el pensamiento. ¿Y la ley del pensamiento? La contradiccion. La historia está de tal suerte levantada, viene tan en su tiempo cada acontecimiento, que aun desarrollándose por oposiciones, por luchas, no se pue-

de borrar ninguna página, no hay idea ni afirmativa, ni negativa venida al mundo, que no conduzca á un fin, pues en último resultado el espíritu convierte todas esas oposiciones en suaves armonías, pudiendo asegurarse que las sociedades se salvan siempre de todas las oposiciones, ó se trasforman bajo su suave influjo, convirtiéndolas en ley de su existencia; porque así como Dios puso en el animal el instinto, en el hombre la razon, puso en las sociedades una especie de criterio superior, seguro é indudable. La ley de la naturaleza es la contradiccion; la ley del espíritu es la contradiccion, y esa misma es la ley de la historia. Si el hombre no fuera antitético, no seria libre, ni capaz de desarrollo; perfectamente bueno ó absolutamente malo, eterna noche cubriria su conciencia ó eterna luz alumbraria su pensamiento, y encerrado en su inmóvil naturaleza seria, ó eterno siervo de su destino, como la piedra, ú omnipotente y absoluto, como Dios. Pues lo mismo sucede en la naturaleza. La contradiccion es su ley. La vida es una lucha, el desarrollo de nuestro cuerpo un combate. Lucha en los cuerpos la esencia con la existencia. Lucha en las esferas la atraccion con la repulsion. Luchan en la tierra las estaciones. Lucha en el campo el tallo de la planta con su semilla. Como toda idea lucha con su opuesta, lucha con su límite todo cuerpo. Como el plan inmenso de la ciencia se levanta sobre con-